

En realidad, pronto nos damos cuenta de que el narrador ha muerto, pero el escritor está bien vivo. En *La Rambla paralela* hasta los márgenes son Vallejo puro; es decir, Vallejo retórico. En esta novela la vagina es vil, la bestia es bípeda, el insomnio es insondable; en esta novela, el mar surge "en su inmensidad necia, en su necesidad inmensa". Al autor le gustan las tríadas, y en sólo dos páginas el incendio se propaga "de pueblo en pueblo, de caserío en caserío, de vereda en vereda", los hombres "se convierten en espantos, sombras, visiones", parecen algodones de azúcar "azules, verdes, rojos", y no había por qué querer "alcanzar a nadie, ni ir detrás de nadie, ni perorar contra nadie". La dicción del muerto se mueve entre lo demótico y lo arcaico: tan pronto insulta llamando a alguien bobalicón y sandio como hijueputa e hijueputa. El paisa gramático, el paisa clasicista, le habla al lector en tono de solterona desbocada, pero apenas uno escarba un poco aparece, debajo de ese tono, un virtuosismo idiomático que no soy el primero en señalar. Incluso cuando insulta, Vallejo es el hijo pródigo de Rufino José Cuervo; cuando no está insultando, su comedia se basa en la sátira cruel, en la burla-con-dedo-señalador, pues Vallejo es nieto lejano de Aristófanes.



Al final resulta evidente que *La Rambla paralela* es una de esas novelas *cul-de-sac*, como *Corrección o Mañana en la batalla piensa en mí*: lleva sus procedimientos a una perfección tal que obliga al autor a clausurar y renovarse o a repetirse sin

remedio. Vallejo ha optado por lo primero, y de la manera más radical: matando al novelista. Y sus lectores decimos: es una lástima que lo haya hecho, pero es clarísimo que lo ha sabido hacer a tiempo.

JUAN GABRIEL VÁSQUEZ

Cómo se va derrumbando la armonía

Los caballitos del diablo

Tomás González

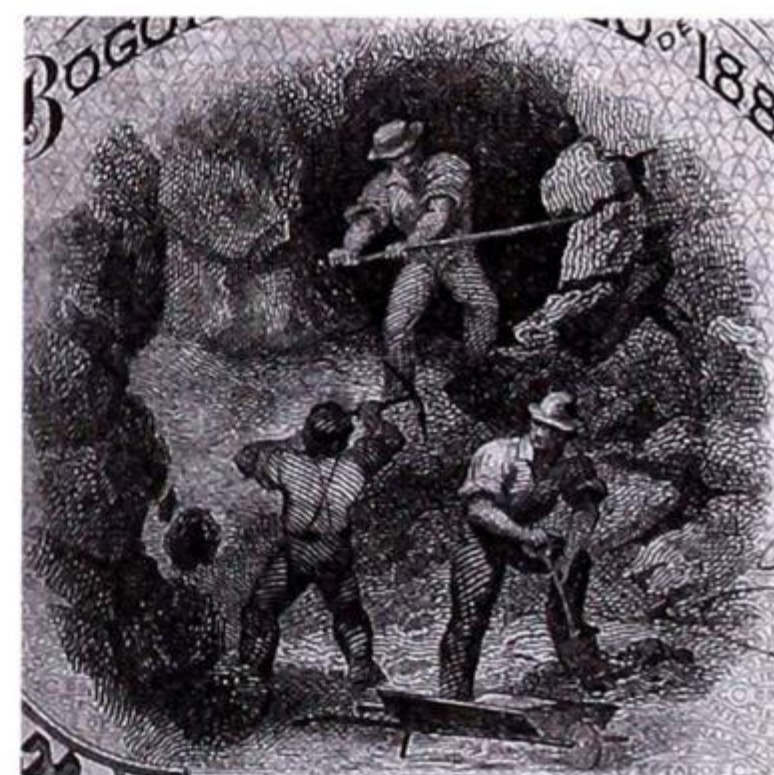
Editorial Norma, colección La Otra Orilla, Bogotá, 2003, 178 págs.

Desde el primer párrafo, Tomás González nos presenta a quienes van a ser los personajes centrales de su novela *Los caballitos del diablo*. Ella, Pilar, liviana como un pájaro y quien se ha aficionado mucho a las joyas, y él, su marido, de quien nunca sabremos el nombre y a quien siempre se referirá el narrador con epítetos, como "el que hoy se pierde entre las plantas", o "el que desaparece hoy entre la exuberancia de sus cuatro cuerdas"; "el que hoy se pierde como fantasma entre árboles y jardines"... en fin, epítetos que lo hacen parecer aún más huraño y misterioso.

Alrededor de esta particular pareja se va narrando, como en un telón de fondo, una historia familiar, en la que no es propiamente el amor el que une a los hermanos, sino la desconfianza, el resentimiento, el odio y las murmuraciones. Cuando el padre muere, "el que se esconde entre los matorrales" les compra los derechos del negocio a casi todos los hermanos, "barato, pues en ese momento nadie quería manejarlo", lo que resintió después a Emiliano, el mayor. Éste tenía treinta y cinco años y era rico, dueño de una hacienda algodonera en el Valle del Cauca, pero quien lo desprecia y lo con-

sidera ladrón y deshonesto; David, el menor, quien vive en Francia y es el inútil de la familia, que regresa dos años después igual que como se fue; ni siquiera aprende a hablar el francés; las hermanas, casadas, quienes viven en Bogotá; finalmente J., el menor, quien no vendió, sino que alquiló su parte por una suma baja.

Una vez hereda, nuestro personaje decide comprar una tierra en las afueras de Medellín a una viuda que tiene un hijo pervertido, Aníbal, que se lleva a los muchachitos a los cafetales para violarlos y quien se opone a la venta de la tierra. Cuando Aníbal es cogido, encarcelado y condenado, se hace el negocio con la madre. Con la tierra en su poder, viaja al Valle del Cauca a vender lo que allí tiene y a casarse con Pilar.

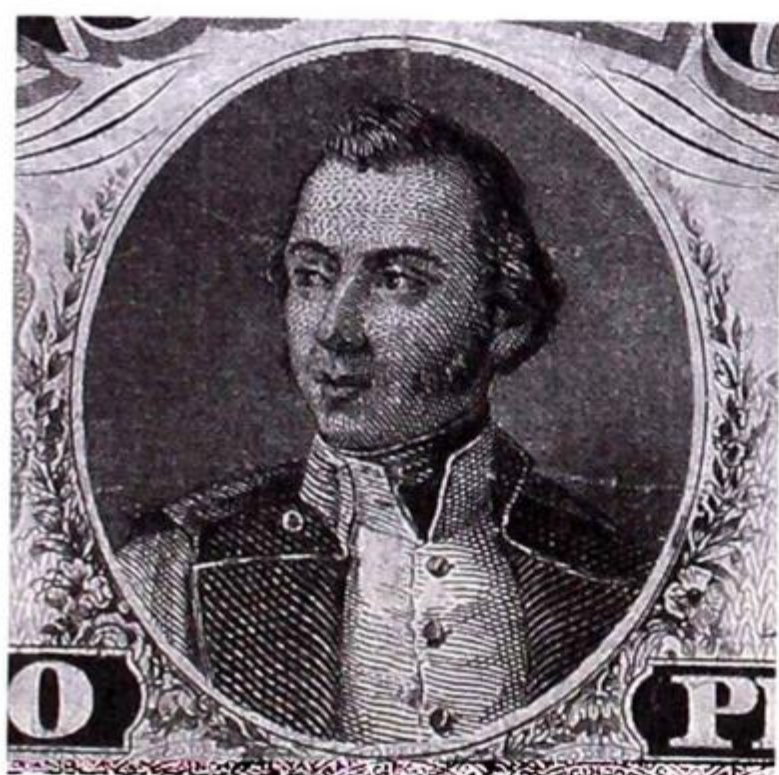


Empieza entonces un proceso de construcción de la casa y de siembra de la tierra que se va tejiendo con los problemas y desgracias familiares y con la violencia que va aumentando en el país, reflejada en lo que pasa en el pueblo y en los alrededores de la casa. Pero también empieza un proceso de encierro de la pareja y de ensimismamiento "del que hoy desaparece entre las plantas", hasta terminar convertido casi en un animal que se mueve entre los ramazones.

Entre episodio y episodio aparece la madre, como una voz que recuerda aquellos felices días cuando los niños estaban pequeños y se querían o, al menos, todo aparentaba estar en armonía. Al referirse a J. y a su hermano (es decir, a nuestro personaje sin nombre), dice:

No se separaban nunca, como si fueran mellizos [...] ¡pero eran tan distintos! Los dos eran buenos estudiantes, pero J. vivía en la estratosfera y andaba siempre como mirando para otras partes. Hizo segundo y tercero al mismo tiempo, porque el otro estaba en tercero y en la casa hacían las tareas juntos... [pág. 44]

Así como se va enmarañando la casa cercada por enredaderas y cercos, así mismo se complican las relaciones entre los hermanos. J. termina por no hablarse más con su hermano y compra una finca en Turbo. La madre escucha rumores cada vez más alarmantes sobre las borracheras tanto de Emiliano como de J. Ambos, cada uno en su momento y en diferente circunstancia, mueren asesinados. Emiliano aparece muerto en su carro con varios tiros y a J. lo matan en su finca de Turbo.



Con una construcción tan elaborada y minuciosa como la de la finquita de la pareja, Tomás González arma un retrato de la sociedad de Medellín y del país, de los años setenta, y el deterioro que se va dando. Empieza poco a poco a manifestarse la violencia encarnada en los asesinatos no sólo de los hermanos, sino de varios de los miembros de la familia campesina que son vecinos y ayudantes de la pareja, y en los cadáveres anónimos que van apareciendo en las zanjas.

González utiliza recursos muy acertados para darle contexto a ese mundo privado y volcado sobre sí mismo como el que ha construido

la pareja. Lo hace como pinceladas que se repiten cada tanto, como un *Leitmotiv*:

En los cafés y en las plazas la gente hablaba de cheques devueltos, utilidades, porcentajes. Los vendedores de mangos verdes tasa-jeaban frenéticos los mangos. Los vendedores de piñas las pelaban y tajaban con cuchillos grandes, extraordinariamente afilados, y colocaban las rodajas en pilas nítidas y brillantes que eran atravesadas por el sol. [pág. 39]

Esta misma imagen se repite varias veces durante el transcurso de la novela, pero con ligeras variaciones, que van aumentando en alusiones a la violencia y al deterioro, como por ejemplo:

Abajo, en los cafés, la gente hablaba de asesinatos, cheques devueltos, porcentajes. El río fétido bajaba por su lecho de cemento... [pág. 51]

También las alusiones a una realidad que va perdiendo sentido y certeza las hace el autor, entrelazadas con la trama de los problemas familiares y de la extraña relación de la pareja. Así es como durante el transcurso de la novela el lector asiste a varios velorios y entierros. Cada tanto hay un muerto que “salpica” la aparente paz de un hombre que intenta resistir a ese derrumbe, encerrándose.

En *Los caballitos del diablo*, González nos muestra cómo se va derrumbando la armonía, tanto de la familia como del país; y esto va paralelo con el encierro y el aislamiento de la pareja en medio de la naturaleza, hasta prescindir prácticamente de toda relación humana. “El que se esconde entre las plantas” se convierte en un icono de rebeldía frente a esa sociedad degradada, violenta, en la que es imposible construir nada ni entablar sanas relaciones humanas. La opción es la naturaleza. Y en su descripción hay un despliegue que resulta muy gratificante al lector: cómo poco a poco va sembrando todo tipo de plantas, de árboles frutales, de en-

redaderas, de flores que son nombradas, algunas hasta con sus denominaciones científicas.

Se sembraron yucas y piñas entreveradas en el cafetal, malanga y ñame bajo los pomarrosos. Y una enredadera de hojas verdes aterciopeladas (Philodendrum andreanum) con forma de corazón, venas blancas y anverso velludo y purpúreo se trepó en el aguacate de la Florida con un vigor que parecía venir ininterrumpido desde los comienzos del mundo. [pág. 73]

Ese aparente paraíso creado por la pareja es verdaderamente un infierno. Sobre todo para el hombre, “el que se esconde entre las ramas”, quien cada vez está más enfermo del estómago, vomita lo que come y tiene un semblante verdoso que lo hace parecer un cadáver viviente. Todos, la mujer y los dos niños, aparecen flacos y mal alimentados, a pesar de estar rodeados de comida sembrada en la propia tierra.

Está muy bien representado el mundo del chisme familiar, encarnado en la tía con su hija solterona, quienes los visitan de vez en cuando y salen de allí escandalizadas, pues cada vez comentan lo que les parece una extravagancia de la pareja.



Nuestro personaje tiene conciencia crítica frente a esa vida familiar y frente al mundo en general; es incapaz de transformar ese mundo que no le gusta pero, a la vez, incapaz de adaptarse. Por lo que decide encerrarse y crear un mundo ficticio.

El lenguaje utilizado por González es cuidadoso y preciso. Hace uso de las metáforas y los símiles de una manera muy personal, lo que caracteriza su estilo: “Aníbal no se quitaba nunca una ruana que tenía el *color polvoriento de las mariposas*

nocturnas" (pág. 11), o símiles como éste: "Más tarde los policías despanzurraron de un balazo el candado, gordo como una tortuga" (pág. 11). "...con el mismo juego de llaves, que en el momento de su muerte eran delgadas ya, como hostias de cobre" (pág. 14).



También son muy utilizados los epítetos, no sólo para referirse "al que se esconde entre las plantas". Al hablar de Pilar dice: "Pilar, la que se parece a un ave"... (pág. 10).

Los caballitos del diablo es una novela con una estructura bien armada, en la que se pueden identificar los recursos utilizados para producir los efectos deseados: epítetos, símiles, párrafos que se repiten como un estribillo pero con ligeras variaciones, la voz de la madre que aparece cada tanto, etc. Es una novela escrita con una aparente sencillez, también en el lenguaje, pero detrás, en un estrato más profundo, se esconde un mundo extraño, misterioso, encarnado sobre todo en las personalidades de los dos miembros de la pareja y en su encierro. La caracterización de los personajes logra darle a la novela un matiz psicológico que deja pensando al lector en las diversas interpretaciones que se le puede dar a esa hermética pareja alcanzando un nivel simbólico que enriquece la obra.

Tomás González ha publicado otras novelas, como *Primero estaba el mar*, *Historia de Horacio*, y *Para*

antes del olvido, ésta última ganadora del V Premio Nacional de Novela Plaza y Janés, 1987. También tiene una colección de cuentos titulada *El rey del Honka Monka* y el libro de poemas *Manglares*.

BEATRIZ HELENA
ROBLEDO

Es del tipo de libros que uno disfruta con gran placer

Malena

Miguel Méndez Camacho

Alfaguara, Bogotá, 2003, 285 págs.

Miguel Méndez Camacho (Cúcuta, 1942) ha sido conocido en nuestro medio sobre todo como poeta. En el género poético ha publicado varios títulos: *Los golpes ciegos*, *Poemas de entrecasa* e *Instrucciones para la nostalgia*. Es abogado, ha sido alcalde encargado de Cúcuta, profesor universitario, periodista y diplomático. Tiene también dos libros de artículos, crónicas y reportajes, *Papeles* y *Perfil y palote*, que ha reunido y ampliado bajo el título de *La alegría de escribir*. *Malena* es, según se nos informa en la solapa, su primera novela.

Malena Figueroa es una muchacha colombiana, de una población ficticia —San José de los Vientos, o de los Infiernos—, en la que reconocemos a Cúcuta, que llega al balneario uruguayo de Punta del Este, con un grupo de turistas, en una excursión, y entra a probar suerte, con unas fichas de cortesía, en un gran casino: el San Rafael. Luego sabremos que Malena se ha camuflado en este grupo, pues ha estado buscando a su padre por Buenos Aires y Montevideo y alguien le ha dado la pista de que Anselmo, tal es el nombre del aventurero y seductor que la engendró, trabaja en ese garito. Al entrar en las salas descubre rápida-

mente que uno de los elegantes hombres del casino que atiende las mesas de juego es, con los cambios que hacen los años, su padre. Malena sufre una fuerte emoción que la hace trastabillar y, por azar, pone las fichas en unos números en el tapete de la ruleta, resultando ganadora de manera absurda. Viene luego el reconocimiento y el enfrentamiento lógico con Anselmo, las recriminaciones y una relativa reconciliación posterior. Malena le sale con la historia de que ha ido a buscarlo porque Rosalba, su madre, está muy enferma y requiere una operación urgente, para la que hace falta una suma de dinero de la que la familia no dispone y que él, por el antiguo vínculo y por la falta de solidaridad durante la crianza de la muchachita, debe ahora asumir. El hombre se ofusca, patatea, rezonga y acaba diciéndole a su hija que puede facilitarle algo más de mil dólares, como para salir del paso. Es después de un asado en una cabaña en la playa con varios compañeros de trabajo de Anselmo cuando a nuestra protagonista se le ocurre la gran idea: timar entre todos al casino. Al comienzo Anselmo se ofende, niega de plano toda posibilidad de hacerlo, pero va ablandando hasta que comienzan a planearlo todo con rigor. Uno de ellos lleva hasta la cabaña de la playa una ruleta y comienza a darle clases a Malena de cómo es el asunto. Los cuadrantes, las puertas, en qué lugar poner las fichas para protegerse o al menos no perder mucho, de qué manera se harán los guiños para que ponga las fichas en los números establecidos con anterioridad y en el que ha de caer la bolita para alzarse con una buena suma. El otro, El Mago, quien no desmerece para nada su remoquete, es un genio para darle el efecto a la pequeña esfera y hacer que caiga en la casilla que él quiera. Lleva muchos años en el oficio, y justamente el casino lo ha contratado para que maneje la ruleta y evite mayores pérdidas para la casa. Pero las clases no son sólo de cómo jugar a la ruleta. También le enseñan cómo comportarse con clase y naturalidad, qué ademanes debe